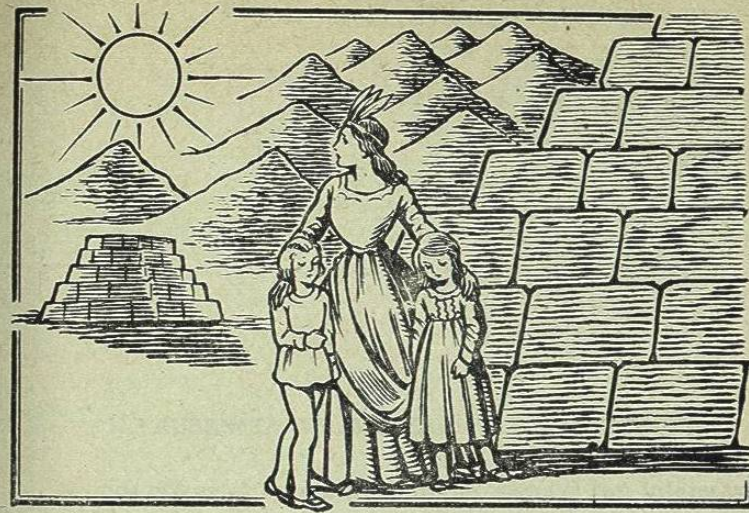


muy importantes *mandas* piadosas, siendo sepultada junto a su esposo en el Convento de la Merced.

Varias hijas quedaron de la descendencia de los Contreras, que prolongaron la raza insigne de su madre y extendieron por América la ramas de aquel tronco de calidad tan singular. Primeramente la ya conocida doña Isabel, la esposa de Pedro de los Ríos; después doña Beatriz, que casó con el capitán Diego Ortiz Guzmán; doña María que casó en Lima con don Pedro de Córdoba; doña Constanza que casó también en Lima con don Juan Tello de Sotomayor y Mendoza; y finalmente doña Jerónima que, también en Lima, casó con el licenciado Polo de Ondegardo. *Bello plantel de mujeres españolas que afincaba en América para llevar con sus costumbres, sus tradiciones y hasta sus prácticas domésticas, la vida de la península que se trasplantaba con ellas.*

En 1550 se hizo una "Probanza" a petición de Rodrigo de Contreras en la ciudad de Nicaragua, para comprobar los gastos que había hecho ayudando a las tropas reales en la rebelión de Gonzalo Pizarro. En las respuestas de los testigos se demostró suficientemente esta realidad, pero mucho más interesa para nuestro trabajo destacar el hecho de que ya hicimos mención al comienzo de este capítulo: Nos referimos a como la casa de doña María fué en todo momento, desde su mismo establecimiento en Nicaragua, hogar abierto a las necesidades de todos los que en aquellos ajetreados tiempos precisaban un cobijo, una asistencia, un poco de descanso, un remedio para sus enfermedades. Hogar establecido a la española, administrado y regido, provisto y abastecido como las casas solariegas de España, fué la casa de doña María modelo abierto y enseñanza fecunda de virtudes domésticas en las tierras del Nuevo Mundo. Por resplandecer perfectamente esta verdad en los citados documentos, reproducimos algunos fragmentos de ellos en el "Apéndice Documental" (véanse págs. 352-54).



CAPITULO VI

MUJERES EN EL PERU

1) AUSENCIA DE MUJERES DE EXCEPCION

No nos ofrece el Perú un cuadro de mujeres tan interesante como el que hemos visto desfilar por las tierras de la Española, Cuba, México y Guatemala, y veremos todavía en las expediciones de El Dorado o en el viaje de exploración a las llamadas "tierras australes", o en Nicaragua, o en Chile o en tantos otros territorios. Siguiendo a los cronistas, no parece que las mujeres madrugaron tampoco aquí tanto como en algunos de los países citados, aunque no faltaron ciertamente como veremos. Por otra parte los grandes caudillos que dirigieron las conquistas en la fabulosa tierra de los Incas, no se distinguieron por su afición al bello sexo, y no encontramos en su compañía ninguna mujer de influencia decisiva como fué doña Marina al lado de Cortés, o Inés Suárez para Valdivia, o doña Isabel Barreto en el viaje de Mendaña, o Inés de Atienza en la desgraciada expedición de Ursúa, o incluso—dentro de una influencia más normal—lo que fué para Alvarado su segunda esposa, o la suya para Rodrigo de Contreras, pongo por ejemplo.

De la general abstinencia de los conquistadores del Perú nos dan fe los cronistas. Así, hablando en común de Pizarro y de Almagro, escribe Agustín de Zárate: "Fueron igualmente abstinentes y templados, así en comer y beber como en refrenar la sensualidad, especialmente con mujeres de Castilla, les parecía que no podían tratar de esto sin perjudicar a sus vezinos, cuyas hijas o mujeres eran. Y aún en cuanto a las mujeres

indias del Perú, fué mucho más templado el Adelantado, porque no se le conoció hijo ni conversación con ellas, como quiera que el Marqués tuvo amistad con una señora india, hermana de Atabáliba, de la cual dezó un hijo llamado Gonçalo, que murió de edad de catorze años y una hija llamada doña Francisca. Y en otra india del Cuzco tuvo un hijo llamado don Francisco" (1).

Cierto es que Garcilaso de la Vega, el Inca, rectifica un dato sobre la madre de su hijo, pero esto no afecta a lo esencial de la afirmación de Zárate puesto que Garcilaso no sólo insiste en la misma opinión, sino que copia gran parte de las palabras de Zárate en defensa de sus propias afirmaciones. De los hijos de Pizarro, dice Garcilaso: "El marqués don Francisco no tuvo más que un hijo y una hija, y Gonzalo Pizarro tuvo un hijo, como dijimos... La madre del hijo del marqués era hija y no hermana de Atahualpa. La hija tuvo en una hija de Huaina Cápac que se llamó doña Beatriz Huailas Ñusta..." (2).

Repetimos, pues, que no hemos de encontrar aquí la mujer de excepción que ocupe el primer plano del cuadro. Ello no *empece*, sin embargo, para el interés de este capítulo pues que veremos un buen número de mujeres (a las que podremos observar a través de variadas anécdotas), que destacan en todo aquello que en semejantes ocasiones hemos visto realizar a las mujeres de otras tierras: mediadoras en los conflictos, enérgicas matronas, en momentos de riesgo luchando par a par con los varones, conscientes en el momento de reclamar sus derechos incluso contra las más altas magistraturas, compañeras del hombre en todos los peligros, sufriendo sus mismos trabajos y dolores y sacrificando sus vidas en aras del mismo deber y los mismos entusiasmos; y no han de faltarnos incluso las alegres

(1) AGUSTÍN DE ZÁRATE, *Historia del Descubrimiento y Conquista de la provincia del Perú y de las guerras y cosas señaladas en ella, acaecidas hasta el vencimiento de Gonzalo Pizarro y de sus secuaces que en ella se rebelaron contra Su Majestad*, Ed. "Nueva España". México (s. a.), lib. IV, cap. III.

(2) GARCILASO DE LA VEGA, EL INCA, *Historia General del Perú. Segunda parte de los Comentarios Reales*, EMECE, Editores. Buenos Aires, 1944, lib. III, cap. IX, p. 265.

alcahuetas protagonistas de buena parte de bien sabrosas aventuras.

Es preciso hacer notar aquí, para que puedan ser valoradas las condiciones en que se ha realizado nuestro trabajo, que a excepción del Inca Garcilaso en algunos—no demasiados—pasajes de sus libros, no encontramos por lo que se refiere al Perú un cronista tan explícito como lo es para la Nueva España Bernal Díaz, que nos suministre en vivo, como hemos deseado para nuestra investigación, material abundante en torno a la actuación de la mujer. Muchos de los datos extraídos de los cronistas peruanos, han tenido que ser desechados por no consistir sino en meras referencias anónimas. La rebusca, pues, en este terreno, ha sido probablemente más ardua, pero indudablemente menos fructífera.

2) LAS PRIMERAS ESPAÑOLAS EN EL PERU

Si hemos de creer a Garcilaso, y ello demostraría que no fueron en un principio muy abundantes las mujeres en el Perú, la primera de las españolas que llegó a esta tierra iba en la expedición de Alvarado, cuando éste, después de haber tomado parte en la conquista de México, trató de ampliar el radio de su fortuna tratando de tomar parte en las tierras dependientes del reino de los incas. Probablemente, la mujer a que alude la cita que vamos a reproducir, es aquella misma Valterra, la valenciana, que, según vimos, después de haber vivido bastante tiempo en México, marchó con Alvarado y murió de frío en el durísimo paso de los Andes. Lástima que el historiador no haya podido conservarnos su nombre. Cuenta el cronista:

"Cuando Pedro de Alvarado fué al Perú con su gente, pasó increíbles penalidades al atravesar Sierra Nevada. Garcilaso toma de Agustín de Zárate la cita que sigue: "Ivan corriendo sin esperar ni socorrer los unos a los otros; donde aconteció que llevando un español consigo a su mujer y a dos hijas pequeñas, viendo que la mujer y las hijas se sentaron de cansadas, y que él no las podía socorrer ni llevar, se quedó con ellas, de manera que todos cuatro se helaron, y aunque él se podía salvar, quiso más perescer allí con ellas. Y con este trabajo y

peligro pasaron aquella sierra, teniendo a muy gran buenaventura haber podido verse de la otra parte". Y añade a continuación Garcilaso: "Es de mucha lástima ver que la primera española que pasó al Perú pereciesse tan miserablemente" (3).

Como en tantas otras ocasiones es siempre la mujer la que sobreponiéndose a los odios y rivalidades de los irreconciliables partidos está a la hora del servicio caritativo y desinteresado, cuando ya los favores no pueden ser agradecidos por el que les recibe. Cuando el gran Francisco Pizarro que había tenido en sus manos los más fabulosos tesoros y el poder de un príncipe, fué traídoramente asesinado, fué una mujer en unión de su marido, un antiguo y modesto criado de Pizarro, quien arrancó su cadáver de manos de los asesinos, y cumplió el deber de darle cristiana sepultura desafiando las iras de los matadores que hubieran podido llevar a igual suplicio. Cuenta el citado Zárate:

"Y era grande lástima oír los llantos que las mujeres de los muertos y robados hacían. Al Marqués llevaron unos negros a la iglesia, casi arrastrando, y nadie lo osaba enterrar, hasta que Juan de Barbarán, vecino de Trujillo (que había sido criado del Marqués) y su mujer sepultaron a él y a su hermano lo mejor que pudieron, habiendo primero tomado licencia de don Diego para ello. Y fué tanta la prisa que se dieron, que apenas tuvieron lugar para vestirle el manto de la Orden de Santiago, según el estilo de los caballeros de la orden, porque fueron avisados que los de Chile venían con gran prisa para cortar la cabeza del Marqués y ponerla en la picota" (4).

Por amor a mujer, ya que no interviniendo directamente una mujer en ello, hemos de ver mucho más tarde a un varón enamorado y compasivo realizar la misma obra de misericordia en la persona de los tres más destacados participantes de la famosa rebelión a que dió origen la aplicación de las nuevas ordenanzas sobre los repartimientos de los indios. La guerra civil de Gonzalo Pizarro había sido vencida hacía ya mucho tiempo, y todavía seguían expuestas a la pública execración las cabezas de los tres rebeldes. He aquí cómo fueron al fin enterradas sus tres cabezas.

(3) GARCILASO DE LA VEGA, EL INCA, *Historia del Perú*, lib. III, cap. II, p. 115.

(4) AGUSTÍN DE ZÁRATE, *op. cit.*, lib. IV, cap. VIII, pp. 632-33.

"Más de diez años después, un cavallero que se dezía Gómez de Chaves, natural de Ciudad Rodrigo, aficionado de la bondad, honestidad y nobleza de la doña Mencía de Almaraz (mujer de Francisco Hernández Girón) imaginando que les sería agradable ver quitada del rollo la cabeça de su marido (no teniendo certificación cual de aquellas tres era), él y un amigo suyo llevaron de noche una escala y alcanzaron una dellas, pensando que era la de Francisco Hernández Girón, y acertó a ser la del *maese de campo* Francisco de Carvajal. Luego alcanzaron otra y fué la de Gonzalo Pizarro. Viendo esto aquel caballero dixo al compañero: "Alcancemos la otra, para que acertemos; y en verdad que pues así lo ha permitido Dios Nuestro Señor que no ha de bolver ninguna dellas donde estaban" (5).

Con esto se llevaron todas tres y las enterraron en secreto en un convento.

3) MUJERES EN EL PERU

Con la conquista definitiva del Perú, y cuando ya fué acabada la extraordinaria gesta en la cual no vemos participación alguna de mujer, éstas fueron acudiendo ya en buen número. No encontramos apenas referencias en los historiadores, pero frases esparcidas aquí y allá, nos informan de la existencia de núcleos de mujeres que pesan de manera decisiva en la vida de aquellas regiones.

Habiéndose enterado Pizarro de que se preparaba una tremenda sublevación de los indios que pensaban asaltar la ciudad de los Reyes, pensó que su hermano Hernando, que estaba al frente de la ciudad, difícilmente podría escapar, y decidió en consecuencia tomar las provisiones oportunas para socorrerlo. "Y así mismo—refiere Zárate—envió a mandar a su teniente de Trujillo que despoblase la ciudad, y que en un navío que para ello les envió embarcasen sus mujeres e hijos e haciendas, y los enviasen a tierra firme, y ellos se viniesen con sus armas y caballos solamente a le ayudar; porque él tenía por cierto que también habían de acudir los indios sobre ellos y no estaba en tiempo de los poder socorrer" (6).

(5) GARCILASO, *op. cit.*, lib. VII, cap. XXX, p. 181.

(6) AGUSTÍN DE ZÁRATE, *op. cit.*, lib. III, cap. VI.

Esta intervención femenina se acrecienta sobre todo cuando llegamos al momento de las guerras civiles que siguen a la muerte de Francisco Pizarro, y desde el instante en que llega a los reinos del Perú el virrey Blasco Núñez Vela para hacer cumplir las nuevas ordenanzas referentes a los repartimientos de los indios.

Agustín de Zárate, Cieza de León, el Palentino y Garcilaso, entre otros, nos informan de que a la llegada de Núñez Vela, las mujeres del pueblo de San Miguel, al tiempo de marchar de allí el virrey, le despidieron desde las ventanas "con mucha grita y vocería, maldiciéndole a boca llena y ofreciéndole al demonio". Del mismo modo en Trujillo fueron las mujeres las encargadas de promover y alimentar el alboroto, por lo que "se juntaban y decían que maldito fuese el virrey que venía a destruir la tierra y se volviese a Castilla". Seguramente, no estando aún maduros los ánimos de los hombres para lanzarse a la revuelta abierta que luego después siguió, fueron las mujeres quienes aceptaron el papel de hacer ostensible el disgusto general, porque se creía, sin duda, que la férrea voluntad de Núñez Vela se ejercería menos en las personas de aquellas, por creerlas menos importantes, que en los hombres si hubiesen sido éstos los dirigentes del alboroto.

No cabe duda que eran ya muy numerosos a la sazón los españoles casados con mujeres de la península. Para que estos matrimonios incluso se llevaran a efecto, se habían dado repetidas disposiciones, y a ello alude Gómara cuando da cuenta de algunas de las razones en que se fundaban los encomenderos para protestar de las disposiciones del virrey.

"Con esto pues—escribe Gómara—se animaban mucho los conquistadores y soldados al suplicar de las ordenanzas, y aún a contradecirlas, y también porque tenían dos *cédulas* del emperador que les daba los repartimientos para sí y a sus hijos y mujeres porque se cassasen mandándoles expresamente casar; y otra, que ninguno fuese despojado de sus indios y repartimientos, sin primero ser oído a justicia y condenado" (7).

(7) LÓPEZ DE GÓMARA, *Historia General de las Indias*, t. II, capítulo CLIII, p. 97.

4) INTERVENCION POLITICA DE LA MUJER

a) MARÍA ESCOBAR

Cuando ya la rebelión estaba en todo su apogeo, hubo mujeres cuya casa se convirtió en centro de conspiración y asilo de rebeldes, como aquella María Escobar en cuya casa estuvo detenido el Virrey por algún tiempo.

Ellos entonces le deshonraron—escribe Gómara—tirándole *de arcabuzazos* y aún maltrataron al virrey, diciendo: "Hombre que tales leyes trujo, tal gualardón merece. Si viniera sin ellas adorado fuera. Ya la patria es libertada, pues está preso el tirano". E con estos villancicos lo volvieron a Cepeda, que posaba en casa de María de Escobar, donde le tuvieron sin armas y con guarda, que le hacía el licenciado Niño; enpero comía con Cepeda y dormía en su misma cama. Blasco Núñez temiéndose de yesbas dijo a Cepeda la primera vez que comieron juntos, y estando presentes Cristóbal de Barrientos, Martín de Robles, el licenciado Niño y otros hombres principales; "¿Puedo comer seguramente, señor Cepeda? Mirad que sois caballero". Respondió él: "¿Cómo, señor! ¿tan ruín soy yo que si le quisiese matar no lo haría sin engaños? Vuestra señoría puede comer como con mi señora doña Brianda de Acuña (que era su mujer); y para que lo crea yo haré la salva de todo" (8).

b) MARÍA DE CALDERÓN

Más tarde, cuando las armas del rebelde Gonzalo Pizarro se hallaban en todos los esplendores del triunfo, hallamos también heroicas mujeres que se opusieron a su vez a los desmanes del tirano, alzando la voz de valerosa protesta en nombre de muchas gentes que no se atrevían a declarar su oposición. Una de las mujeres que en este sentido destacaron fué doña María de Calderón.

Era esta dama vecina de Arequipa y se distinguió desde el primer momento, al frente de un buen número de mujeres de aquella ciudad, por atacar la política de los rebeldes y sobre

(8) LÓPEZ DE GÓMARA, *op. cit.*, t. II, cap. CLXI, p. 116.

todo por ridiculizar sus triunfos y tratar de sembrar la desmoralización en su filas y elevar con ellos la moral de las fuerzas leales. Refiriéndose a los triunfos de Gonzalo Pizarro solía decir que: "más victorias habían alcanzado los romanos y que al fin se habían perdido".

Uno de los secuaces de Pizarro, Diego de Carvajal, apodado "el Galán", por lo elegante de su atuendo y la fama que tenía de conquistador de mujeres, con las que siempre andaba en amoríos, cogió a doña María de Calderón y en unión de otras veinte mujeres de Arequipa la llevó al Cuzco en calidad de rehenes. A pesar de su seguridad, no se atrevieron de momento los rebeldes a proceder contra este senado femenino, pero como el atrevimiento de doña María continuaba a pesar de la vigilancia a que estaba sometida, al fin la hizo matar cobardemente el famoso Francisco de Carvajal, "el demonio de los Andes", uno de los *lugartenientes* de Gonzalo Pizarro, de quien poco más abajo hemos de ocuparnos.

Garcilaso de la Vega refiere con detalle la muerte de esta valerosa mujer, añadiendo curiosos rasgos de *macabra* burla, a que el sanguinario Carvajal, por lo demás tan interesante y agudo personaje, era tan aficionado. Cuenta Garcilaso:

"Atrás en su lugar dijimos brevemente cómo Francisco de Carvajal dió garrote a doña María Calderón y la colgó de una ventana de su posada. No diximos entonces las palabras y razones que de una parte a otra se dixeron por ir con la corriente de la historia y no ser aquel lugar de gracias. Ahora se pondrán las que allí faltaron. Doña María Calderón, aunque estaba en poder de sus enemigos, hablaba muy al descubierto contra Gonzalo Pizarro y sus tiranías, y no era otra su plática ordinaria dezir mal del. Carvajal, que lo supo la enbió amonestar una y dos y más veces y se dexasse de aquellas gracias, que ni eran discretas ni provechosas para su salud. Lo mismo le dixeron otras personas, que temían su mal y daño. Doña María Calderón, en lugar de refrenarse y corregirse, habló de allí adelante con más libertad y desacato, de tal manera que obligó a Carvajal a ir a su posada para remediarlo, y lo dixo: "¿Sabe vuesa merced, señora comadre (que cierto lo era) cómo vengo a darle garrote?" Ella, usando de sus donaires y pensando que Carvajal se burlaba con ella, respondió: "Vete con el diablo, loco borracho, que aunque sea burlando no lo quiero oír". Car-

vajal dixo: "No burlo, cierto, que para que vuesa merced no hable tanto y tan mal, vengo a que la aprieten la garganta; y para que vuesa merced lo crea, mando y requiero a estos soldados etiopes que le den garrote", que eran tres o cuatro negros que siempre traía consigo para semejantes hazañas. Los cuales la ahogaron luego y la colgaron de una ventana que salía a la calle. Carvajal, passando por debaxo della, alzó los ojos y dixo: "Por vida de tal, señora comadre, que si vuesa merced no escarmienta de esta, que no se que me haga" (9).

López de Gómara cuenta el hecho de distinto modo, pero no parece verosímil su versión, sino la de Garcilaso, y ello, aparte razones de lógica, por ser Garcilaso de la tierra y poder estar mucho mejor informado. He aquí la narración de Gómara: "Pizarro, entendiendo que Gasca venía a pasar el río de Apuríma, por Cotabamba, salió del Cuzco. *Andaba en la ciudad días hacia la fama de la pujanza* y venida de Gasca con gran ejército, y desmandábanse muchos en hablar. Y doña María Calderón, mujer de Hierónimo de Villegas, dijo que tarde o temprano se habían de acabar los tiranos. Fué allí Carvajal y dióle un garrote, y ahogóla estando en la cama por lo cual chitaron todos" (10).

c) INÉS BRAVO

No en provocar las iras, pero sí en desafiarlas afrontando varonilmente el peligro, destacó otra mujer, Inés Bravo, que aun sabiéndose culpable no sólo *desafectó* hacia Gonzalo Pizarro, sino de haber colaborado activamente contra los de su partido, fué a pedirle la vida de un primo suyo condenado a muerte por aquel. La piedad intercesora de la mujer volvía a florecer espléndidamente en esta dama, y—lo que es mejor—con pleno éxito. He aquí como nos cuenta el hecho Garcilaso:

"Una señora muy principal, mujer de Nicolás de Rivera, uno de los huidos, llamada doña Inés Bravo mujer de gran valor y de toda bondad, sabiendo que traían preso a Hernán Bravo, que era su primo hermano, y que sin duda lo habían de matar, fué a toda diligencia al real de Gonzalo Pizarro, acompañada de su

(9) GARCILASO DE LA VEGA, *EL INCA*, op. cit., lib. V, cap. XLIII, pp. 273-4.

(10) LÓPEZ DE GÓMARA, op. cit., t. II, cap. CLXXXV, p. 173.

propio padre, y aunque se veía participante de la culpa del marido y del primo, que le habían negado, no dudó de ponerse a los pies de Gonçalo Pizarro, confiando en el ánimo piadoso que de este caballero tenía para los que le pedían misericordia: y así, puesta de rodillas, se la pidió, derramando muchas lágrimas. Gonçalo Pizarro, a toda prisa, la levantó del suelo; y aunque al principio se mostró duro en la concesión del perdón, al fin, acudiendo los circunstantes con la misma súplica, la concedió, y dió la seña ordinaria que en semejantes casos solía dar, que era la gorra con la medalla que en ella traía. Lleváronsele a toda prisa a Francisco de Carvajal, y llegaron a tan buen tiempo, que ya tenía Hernán Bravo puesta la soga a la garganta al pie de un árbol, de onde le habían de ahorcar. Carvajal admitió el perdón de Gonzalo Pizarro a fuerza de los ruegos que le hicieron los que con él estaban, porque todos se hallaban obligados a favorecer al partido de aquella señora, y así escapó Hernán Bravo de Laguna que yo conocí largamente, y le dexé vivo en la ciudad de Cozco, con un repartimiento de indios, aunque no de los grandes" (11).

d) JUANA DE LEYTÓN

Pero quizás ninguna mujer destacó tanto en la humanitaria y femenina labor de proteger a los perseguidos por la ira de los secuaces de Pizarro, como Juana de Leytón, criada del propio Francisco de Carvajal y de su esposa Catalina de Leytón, de la cual más abajo hemos de ocuparnos. A pesar de estar Juana al servicio del "demonio de los Andes", no cejó en ayudar a los perseguidos por su señor, heroísmo tanto más de señalar, por cuanto conocía como nadie los procedimientos de Carvajal, y sabía que si éste famoso personaje no sentía compasión por nadie, menos había de sentirlos por una mujer a la que habría de considerar como traidora a la misma casa a la que servía. De sus muchas intervenciones fuerza ha sido reproducir aquí por entero, debido a su importancia, una de las que con gran detalle nos cuenta Garcilaso.

"Otro día después que Francisco de Carvajal entró en aquella ciudad de la Plata, envió la cabeça de Lope de Mendoza

(11) GARCILASO DE LA VEGA, *op. cit.*, lib. V, cap. XII, p. 184.

a la ciudad de Arequipa, con Dionisio de Bobadilla, que fué después sargento Mayor de Gonçalo de Piçarro, y yo le conocí. Envióla para que la pusiesen en la picota de aquella ciudad, en castigo y memoria de que en ella había alçado bandera él y Diego Centeno. Bobadilla la llevó, y será bien que contemos un caso particular que allí le pasó con una honrada mujer, que por ser caso tan notable será justo que no quede en olvido. Vivía en Arequipa una mujer virtuosa y muy caritativa, llamada Juana de Leytón; había sido criada de doña Catalina de Leytón, mujer noble, de la familia de este apellido que hay en reyno de Portugal, que fué muger de Francisco de Carvajal, aunque no falta quien diga, por hazerle odioso, que era su amiga; no era sino mujer y muy estimada de su marido y de todos los caballeros del Perú, que lo merecía por su nobleza y persona.

"Esta señora crió mucho tiempo a Juana de Leytón, y por ella tomó su apellido; casóla con un hombre honrado, que se dezía Francisco Voso; fué tal mujer de bien, que Francisco de Carvajal la respetaba como si fuera su hija.

"En las alteraciones de Gonçalo Piçarro siempre favoreció a los del bando del rey, a unos rogando por ellos a su señor Francisco de Carvajal y otros ayudándoles con su hacienda, y a otros escondiéndolos en su propia casa de manera que cuando Gonçalo de Piçarro entró en Rimac, la primera vez, y hubo aquellas prisiones y muertes entonzes contamos, tuvo Juana de Leytón tres vecinos escondidos en su casa. Francisco de Carvajal, que no se le escondía nada, fué a ella y a solas le dixo: "¿Qué es de los tres hombres que tenéis aquí escondidos?" Ella lo negó y replicando Carvajal que sí tenía, y nombrando uno de ellos por sospecha o por cierta ciencia, la confundió. Viendo ella que no lo podía negar, con ánimo varonil le dixo: "Ahí están dentro en tal aposento; yo os los traeré, y un cuchillo con que los degolleis y bebais la sangre y comais la carne si bastaren a hartaros. Hartaos, ya, hartaos de sangre humana, que andais muy sediento de ella". Diciendo esto acometió ahí por los escondidos. Carvajal viendo su determinación le dixo: "Déxalos, déxalos, y déxame a mí también y quédate con el diablo". Con esto se fué y dexó a Juana de Leytón muy victoriosa. Este cuento supe de uno de los mayores enemigos de Carvajal y hombre de mucha verdad, que fué Gonçalo Silvestre, de quien atrás hicimos mención.